

Unidad 2

Las Siete Leyes Explicadas

1. La Ley del Maestro

La ley del maestro es muy simple: **El maestro debe saber aquello que enseña.**

Elena G. de White afirma claramente esta ley:

«Los maestros deben sentir su responsabilidad y aprovechar toda oportunidad para mejorar, a fin de que puedan prestar el mejor tipo de servicio de una manera que resulte en la salvación de almas. Tanto los maestros como los alumnos deben despertar a la importancia de manifestar diligencia y perseverancia en el estudio de la palabra de Dios. Deben estar mucho en comunión con Dios; las tentaciones insignificantes no los dominarán, y la indolencia y la apatía serán resistidas con éxito. No se debe permitir ninguna ociosidad ni complacencia propia a aquellos que profesan ser obreros cristianos» —*Consejos sobre la Obra de la Escuela Sabática*, pp. 94, 95.

El conocimiento necesario se adquiere mediante un proceso de cuatro pasos: (1) un reconocimiento vago; (2) la capacidad de recordar por nosotros mismos, o de describir de manera general a otros, lo que hemos aprendido; (3) el poder de explicar, probar, ilustrar y aplicar fácilmente lo aprendido; y (4) un conocimiento y apreciación de la verdad en su significado más profundo y sus relaciones más amplias, de modo que, por la fuerza de su importancia, actuemos según ella —nuestra conducta es modificada por ella. Es esta última forma de conocimiento, o experiencia, la que debe incorporarse a la ley del verdadero maestro.

La verdad debe ser claramente entendida antes de poder ser vívidamente sentida. La enseñanza será incierta y vacilante cuando se caracterice por un conocimiento inadecuado del material que se va a enseñar.

Existe una lista muy práctica de pasos para adquirir y aplicar el conocimiento necesario:

1. Prepare cada lección mediante un estudio fresco. El conocimiento del trimestre anterior necesariamente se ha desvanecido un poco. Solo las concepciones frescas nos inspiran a dar lo mejor de nosotros.
2. Encuentre en la lección sus analogías con hechos y principios más familiares. En ellas residen las ilustraciones mediante las cuales se puede enseñar a otros.

3. Estudie la lección hasta que tome forma en lenguaje familiar. El producto final del pensamiento claro es el habla clara.
4. Encuentre el orden natural de los diversos pasos de la lección. En toda ciencia hay un camino natural desde las nociones más simples hasta las visiones más amplias; así también en cada lección.
5. Encuentre la relación de la lección con la vida de los alumnos. Su valor práctico reside en estas relaciones.
6. Use libremente todas las ayudas legítimas, pero no descanse hasta que la comprensión real esté claramente ante usted.
7. Tenga presente que el dominio completo de pocas cosas es mejor que un barniz ineficaz de muchas.
8. Tenga un tiempo definido para el estudio de cada lección, antes de enseñarla. Todas las cosas ayudan a la tarea hecha a tiempo. Uno sigue aprendiendo la lección estudiada con anticipación, y recoge nuevo interés e ilustraciones.
9. Tenga un plan de estudio, pero no dude, cuando sea necesario, en estudiar más allá del plan. El mejor recurso mnemotécnico (de memoria) es hacer y responder estas preguntas sobre la lección: ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?
10. No se prive de la ayuda de buenos libros sobre el tema de sus lecciones. Compre, tome prestado o solicite, si es necesario, pero obtenga de alguna manera la ayuda de los mejores pensadores, al menos lo suficiente para estimular su propio pensamiento; pero no lea sin pensar. Si es posible, hable de la lección con un amigo inteligente. En ausencia de estas ayudas, escriba sus puntos de vista; expresar sus pensamientos por escrito puede aclararlos de oscuridades.

Algunos Usos Incorrectos de Esta Ley

También hay usos erróneos de la Ley del Maestro. Gregory describe tres que se aplican igualmente a una clase de Escuela Sabática:

1. Algunos maestros hojean la lección apresuradamente y concluyen que, aunque no la han dominado completamente, ni siquiera en parte, han reunido suficiente para llenar el período de clase y pueden, si es necesario, complementar lo poco que saben con charlas o historias al azar.
2. Falta de tiempo o ganas para cualquier preparación, descartan todo pensamiento de enseñar, llenan la hora con los ejercicios que se les ocurran y esperan que, como la escuela es algo bueno de todos modos, los alumnos recibirán algún beneficio de la mera asistencia.

3. Una falta más grave es la de aquellos que, al no encontrar estímulo en la lección, la convierten en un mero marco sobre el cual colgar algunas fantasías propias. Hay un daño aún más vil cometido por el maestro que busca ocultar la ignorancia perezosa con alguna pretensión pomposa de erudición, escondiendo la falta de conocimiento con una serie de frases altisonantes más allá de la comprensión de los alumnos, pronunciando lugares comunes solemnes con tono sabio, o reclamando un estudio extenso e información profunda que se les ha presentado debidamente. ¿Quién no ha visto estas farsas practicadas con los alumnos?